

José Ricardo Morales

ENSAYOS EN SUMA

Del escritor, el intelectual y sus mundos

BIBLIOTECA NUEVA

ÍNDICE

PRÓLOGO. La condición del ensayo	9
--	---

SECCIÓN PRIMERA

Del escritor y su mundo

La disidencia del escritor. Una premeditación	19
El <i>Quijote</i> , la lectura y la escritura	45
El <i>Primero sueño</i> de sor Juana Inés de la Cruz. Sobre sus orígenes y su originalidad	55
Consideraciones preliminares	55
El orientado y el original	55
Las fuentes del <i>Primero sueño</i>	60
1) Los conflictos de sor Juana en el origen del poema. Boecio: la teoría y la praxis. El deseo de saber	60
2) Lactancio: el saber y lo sagrado	74
3) ¿Composición o disposición del <i>Sueño</i> ? Un texto de Plutarco	78
4) El teatro de los acontecimientos. La antigua retórica y los <i>Ejercicios espirituales</i>	88
La originalidad del <i>Primero sueño</i>	95
1) El poema de la incertidumbre	95
2) El <i>Primero sueño</i> , un poema monádico	101
Violeta Parra: el hilo de su arte	109
Conviene hilar delgado	109
Letra y música	111
El mito de la mujer tejedora	116
Líneas y volúmenes	119
De la tapicería	120
La pintura, un punto final	129
La Barraca, El Búho y el Teatro Experimental	135
Los precedentes del Teatro Experimental de la Universidad de Chile	137

La Barraca, de Federico García Lorca	140
Con Max Aub, de El Búho al destierro	141
La condición del Teatro Experimental	144
En casa del poeta (Fuentevaqueros)	147
El saber del regreso	155

SECCIÓN SEGUNDA

El intelectual y su mundo

La elección del intelectual	171
El poder del intelectual	181
El arte de enterarse (El destierro en el pensamiento de José Ferrater Mora)	195
Tecnología y humanismo	219
Noticia de los textos incluidos en esta edición	237

La condición del ensayo

El oficio de pensar, tal como lo propone nuestra lengua, deriva de la posibilidad de pesar mentalmente determinado asunto. Debido a ello, calificamos de imponderables a los aspectos aleatorios, evasivos o impredecibles de un problema, dado que impiden sopesarlo previamente.

En ese campo del pensamiento, estimado según la capacidad de «pesar», cabe situar al ensayo. Porque de acuerdo con su acepción original, denota cierta actividad comparable con la de una balanza —*exagium*, en latín—, el instrumento del que procede su nombre. Inclusive, cuando invocamos algunos atributos del ensayo, apreciándolo como un examen hecho con exigencia o exactitud, todos estos términos aluden igualmente a la acción de pesar. Tanto es así que *examen* significa en latín la aguja o fiel de la balanza, que al aquietar su oscilación establece cuánto pesa con la exigencia y la exactitud debidas. De modo que tales maneras de «ponderar» un asunto, inherentes al ensayo, privan decididamente a éste de la supuesta ligereza que suelen atribuirle, ya que con ellas se expresa taxativamente la gravedad en que debe fundarse.

Aún más, dicha capacidad de «pesar» que destaca en el ensayo, también se manifiesta cuando adopta determinada actitud polémica, significada en el hecho de responder con originalidad a las ideas establecidas, poniéndolas en tela de juicio, «contestándolas». Esa responsabilidad de proponer nuevos puntos de vista, para cuestionar el pensamiento pasivo e inerte, opone a la noción de pesar, inicialmente propia del ensayo, las de tentativa y riesgo, aunque no deje por ello de «ponderarlas» como le corresponde.

Semejante alternativa mueve al ensayo en direcciones contrarias, pues va de su oposición a cuanto sea convencional, arriesgándose en *terra incognita*, a la necesidad de verificar cuanto consiguió en su empresa, revelándose con ello cierto aspecto de la ambigüedad que lo caracteriza. Porque, de acuerdo con su condición dual, el ensayo también figura en una zona imprecisa, situada entre el pensar de corrido —tan corriente: el del «dicho sea de paso», habitual en los artículos de prensa— y el del razonamiento sistemático de los tratados que despliegan todas las posibilidades concebibles en determinada rama del saber. La diferencia entre el ensayo y dichos artículos diarios —ahora estimados como «de primera necesidad»—, radica en que aquél lleva consigo una necesidad segunda: la de regresar de nuevo sobre cualquier asunto inmediato, para poder entenderlo cabalmente. Mientras que, por otra parte, el ensayo se distingue en un tratado no sólo en su extensión reducida y en el desarrollo menos acucioso de los temas, sino porque suele adoptar un sesgo preferentemente personal, debido a la directa aparición del autor en el texto, reflejándose sobre éste algunas de las situaciones ocasionales o episódicas que le dieron origen.

Al menos ésa fue la posición sustentada por Montaigne en sus *Ensayos*, que si bien no pueden considerarse, ni con mucho, los primeros en el transcurso del tiempo —dado que Demetrio, Plutarco, Boecio y muchos más los escribieron desde antiguo, aunque sin darles la denominación precisa—, en los debidos al autor francés la ocasionalidad propia del género se pone rigurosamente de relieve, vinculándola con la cambiante situación de quien lo escribe y con la coyuntura en que lo hizo. A este propósito, importa destacar, pues se ha omitido siempre, que Montaigne, al estimar la naturaleza del ensayo según las condiciones personales que acabo de exponer, anuncia la concepción de Ortega respecto de sí mismo y del mundo cambiante que percibió en su entorno, acuñándola en la acreditada fórmula de «yo soy yo y mi circunstancia».

Porque Montaigne sostiene en sus *Ensayos* —libro tercero, capítulo segundo— que como «el mundo no es más que una oscilación constante», pues «todas las cosas se mueven sin cesar», «la constancia misma no es sino una conmoción más lenta». Por ello añade después: «Yo no pinto el ser, pinto el transcurso; [y] no el transcurso de una edad a otra, [...] sino de día en día, de minuto en minuto. He de acomodar mi texto a la hora, porque yo podría cambiar de inmediato, no sólo de ocasión (*fortune*), sino también de intención.» Pero llegado a este punto, al definir el ensayo como una prueba que re-

quiere determinada comprobación, anticipa decididamente el conocido aforismo de Ortega, ya que *recurre a la duplicación del yo, situándolo frente a la circunstancia* en que se encuentre: [Mi ensayo], dice Montaigne a este propósito, «es una comprobación (*control*) de los acontecimientos diversos y mutables, y de imaginaciones sin concretar, que cuando fracasa [en su intento] se contrarían: ya sea porque *yo soy otro yo mismo, o porque capto mis temas a partir de otras circunstancias* y consideraciones.» (Las cursivas son mías.)

De manera que independientemente de la anticipación de Montaigne a la idea de Ortega —con todas las diferencias habidas entre ambos, que no son pocas—, la condición ocasional y variable del ensayo, asociada a la del autor que lo escribe, se encuentran profusamente reiteradas en su obra, haciéndose tan respectivos entre sí el escritor y el texto del ensayo que éste se identifica por entero con el que lo hizo. Así lo indica desde el prólogo —«yo soy, yo mismo, el tema de mi libro»—, anunciándolo además en otro lugar del pasaje arriba citado: «Vamos de acuerdo y en un solo impulso mi libro y yo. En otros casos puede recomendarse o censurarse la obra, diferenciándola del autor; aquí, no: aquello que afecta al uno le afecta al otro.»

Sin duda que el ingrediente personal del ensayo se lleva de este modo hasta un límite casi solipsístico, puesto que la obra versa exclusivamente sobre su autor, identificándola a la par con él y con su destino, para convertir la reflexión del ensayo en una especie de espejo que especulara sobre su propia condición especular. Desde luego que al extremar exageradamente esta posición, Montaigne no deja duda alguna de que los rasgos personales del ensayo lo diferencian de otras modalidades de formular el pensamiento, en las que el autor, si brilla, es por su ausencia, pues su inclusión en el texto es solamente tácita, percibiéndose sobre todo en la manera de abordar los asuntos.

Por cierto que la posibilidad de encontrar alguna huella directamente personal en el ensayo puede seguir aceptándose como un rasgo de éste, si bien las condiciones actuales son muy distintas de las que antaño existían, pues la figura de su autor, tanto como la finalidad de su trabajo, e inclusive los cauces a que recurre para comunicarlo, cambiaron rotundamente desde que se le dio al ensayo su denominación específica. En primer término, el desarrollo de este género pensante coincide ahora, como no podía ser menos, con el auge del especialista que lo efectúa, situado, tal como el ensayo mismo, en un terreno impreciso. Me refiero a un tipo humano reciente,

el del intelectual, así llamado por vivir tanto de la inteligencia propia como de la ajena, considerándola su oficio. No es el antiguo filósofo, aunque sea filosofante; tampoco suele quedar reducido a una mínima parcela del saber, pues tiende a tener de todo, y aun de todos, para poder ser él mismo. Además, la originalidad a que aspira en sus ensayos puede llevarle también a una expresión literaria que le sea privativa, en la que revele tanto su manera personal de formular los asuntos como su propia condición indecisa, ya que se halla situado entre el pensador y el escritor, pues de ambos tiene, sin ser en particular uno de ellos. Al fin y al cabo, aunque todos los artistas, científicos, filósofos y escritores requieren de la inteligencia para efectuar su trabajo, no por ello ejercen la actividad de aquel que consideramos el intelectual. Sin embargo, como la distinta participación de éste y del escritor en el mundo, según la naturaleza de sus obras, es un tema recurrente en las páginas que vienen, bien puedo prescindir aquí de exponerlo con la debida latitud. Tampoco cabe olvidar que entre las virtudes prologales se encuentra la concisión, así que me atenderé a ella al tratar escuetamente otros asuntos que atañen al ensayo y sus autores.

Ante todo, después de cuanto llevo expuesto, nada puede sorprender que en este libro figuren varios trabajos en los que el ingrediente personal del autor se halle representado abiertamente, según las vicisitudes de su vida y su autoría. A este respecto, el proceso de elaboración del ensayo puede encontrarse afectado por la práctica usual en nuestros días de que el intelectual o el escritor participen con frecuencia en congresos destinados a exponer y debatir personalmente los temas que les conciernen. Porque en semejantes foros, la relación directa con sus pares les obliga a formular su pensamiento a viva voz, a la manera de una *dramatis persona* que expusiera sus ideas de palabra y en conflicto con aquellas que le sean antagónicas. De tal modo, en ocasiones —como este libro comprueba con las ponencias que incluye—, el origen del ensayo puede hallarse en la oratoria personal, de índole persuasiva, vastamente analizada por la retórica clásica, según las normas propuestas para obtener el convencimiento ajeno.

Por otra parte, la novedad del ensayo, en su condición de intento y tentativa, también puede poner a su autor en conflicto con las demás posiciones existentes, obligándole a oponer, frente a ellas, argumentos que sean tales, en el sentido de que aclaren o iluminen cuantas zonas de penumbra haya en el conocimiento. Porque al fin, argüir o argumentar no significan realmente sino que 'poner en cla-